

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL PICOTEOS

INICIO DE UNA CLASE DE TEATRO

Plinio el Joven aseguraba “las personas felices no tienen historia”. Es cierto. Pero sí tienen enigma pues, según Chesterton, las vidas plácidas y sin incidentes son tan misteriosas como las vidas colmadas de vuelcos, incertidumbres y aventuras.

Toda vida es inexplicable, pero tiene razón Plinio: para que haya algo que contar tiene que haber calamidad, desgracia, y mejor aún, discordia. Hegel recoge la misma idea: “Las épocas felices son páginas en blanco en el libro de la historia.”

Luego, el drama escenificable ha de ser adversidad, felicidad que se escurre entre los dedos, catástrofe. No necesariamente lucha. Grandes comedias tienen de protagonistas víctimas pasivas golpeadas a dos manos por el destino. Aunque, ciertamente, la rivalidad polarizada de aspereza creciente siempre ayuda. Como la desarrollada entre Lope y Góngora.

Se le comenta a Góngora por carta la oscuridad de su poesía. Éste responde de modo orgulloso y lapidario en otra carta, a Lope: “No se han de dar piedras preciosas a animales de cerda.” El simple, y brillante, “animales de cerda” recuerda a Lezama, el gran gordo barroco. No de balde Lope había elogiado a Góngora:

Pues tú sólo pusiste al instrumento
Sobre trastes de plata, cuerdas
/ de oro.

Pero Lope es ambiguo con el “cisne andaluz”, ama y odia, admira y rechaza, y ya se había burlado de los hipérbatos (procedimiento que consiste en cambiar el orden habitual de las palabras) que usó Góngora para acercar el español a la sonora flexibilidad del latín en el soneto que empieza:

Inés, tus bellos ya me matan, ojos,
Y el alma, roban pensamientos,
/ mía,

Que figura en la comedia *El Capellán de la Virgen* y que vejan ese glorioso:

Estas que me dictó rimas sonoras

con que arranca, por ejemplo, el *Polifemo*.

La disputa de la literatura dificultosa es interminable. Exponente preclaro que se propasó de lo hermético a lo indescifrable, James Joyce defendió la oscuridad estética recordando que “hasta los gatos alimentados en casas gustan de buscar comida entre botes de basura”, con lo que indicaba que parte del placer de leer reside en la actividad de descifrar. Y que, entonces, el escrito que se entrega de inmediato, sin oponer resistencia, tiene por fuerza escaso mérito. El juego ha de ser complicado para que valga la pena.

Del otro lado, sin embargo, nada más elegante y satisfactorio, nada más clásico, que la claridad transparente. Gibbon, Montaigne, De Quincey, Reyes. ¿Qué hacer?

Escribió el Doctor Johnson ya viejo: “Cuando repaso mi vida pasada, no descubro sino estéril pérdida de tiempo, con algunos desórdenes del cuerpo y perturbaciones de la mente muy próximas a la locura.” Podría afirmar lo mismo de mi propia juventud, pero tengo que admitir que con los años he alcanzado algún gobierno de mí mismo e inesperadamente he ido comprendiendo algunas cosas que pueden permitirme, tal vez, la muerte sin miedos ni protestas propia de un filósofo. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE FRANCIA

SARKOZY LO COMPRA TODO

Sarkozy lo compra todo. El palacio del Elíseo, como todos los símbolos del poder francés, impone un estilo grande y elocuente. *La Grandeur* es la aspiración suprema del ser francés. Lo más importante es seguir siendo grande, y para ello Francia está acostumbrada a tener líderes que le ayuden a forjar esa grandeza, aunque los tenga que importar.

La campaña electoral del nuevo presidente, Nicolas Sarkozy, no sólo le permitió triunfar sobre una Ségolène Royal enfrentada a la batalla dentro de su partido—el Socialista—, sino que confirmó la máxima de que, para conquistar el poder, no basta la buena intención, hay que estar en el sitio oportuno, en el momento adecuado.

“Hasta que no se vaya [Sarkozy] no levantamos las banderas”, declaraban los participantes en las manifestaciones de noviembre de 2005, cuando ardió París frente a las impresionantes escenas de autos quemados por jóvenes franceses. Descendientes de migrantes en su mayoría, los chicos habían sido calificados como *escoria* por Sarkozy, entonces ministro del Interior, hijo él mismo de un húngaro.

Pero Sarkozy supo sobrevivir a esa crisis y se convirtió en una ola imparable, demostrando que entiende el poder en un sentido moderno y concreto, como se debe entender. Sin duda es el presidente que mejor está demostrando el alcance de la crisis francesa.

Érase una vez una Europa construida sobre las necesidades de grandeza de un jugador, Charles de Gaulle, y la Francia resultante de la Segunda Guerra Mundial, un pueblo con muchas heridas sin restañar, que siempre—de una manera u otra— ha desarrollado su vida desafiando a Europa. Europa está construida sobre el eje de la grandeza francesa y la inteligencia alemana; como decía Napoleón, quien tenga Alemania posee Europa; la Unión Europea nació del acuerdo francoalemán, y paradójicamente—a cincuenta años de su creación—, su desarrollo y fortaleza financiera ha coincidido con el momento de la mayor crisis de las economías fundacionales.

Si nada es lo que era, Europa mucho menos. Con nueve por ciento de desempleo, Francia enfrenta la agonía entre sus estructuras sindicales caducas y su incapacidad de pasar de la enumeración del concepto a la aplicación económica de una nueva realidad. Alemania por su parte, se ha visto en la penosa realidad de ser el vagón de cola de todas las eco-

nomías europeas, con un crecimiento real del 1.8 por ciento. Como nada es lo que era, durante los últimos cinco años la economía modelo de Europa ha sido la española, que en 2007 creció 3.6 por ciento.

Sarkozy necesita ser no solamente el Presidente que encarne la grandeza de su país, sino su principal operador político. Es el primero que, por su personalidad, esencia y por la complicación de los momentos que Francia vive, es presidente y primer ministro a la vez. Pese al nombramiento de François Fillon como primer ministro, el palacio del Elíseo y el del Matignon—sedes de la presidencia y de la jefatura del gobierno francés— se han convertido en uno solo.

Al final de la Cumbre Europea celebrada en junio pasado, Sarkozy fue prácticamente responsable de alcanzar la firma de un nuevo tratado europeo, apuntalando a una Angela Merkel desesperada frente al boicot polaco. El jaque mate correspondió a Polonia, que encabezada por los gemelos Kaczynski presentó y cobró las cuentas históricas de Alemania, dando pie a que el recién electo presidente se convirtiera en “Súper Sarko”.

Para que Polonia accediera a firmar, Sarkozy desempeñó un papel crucial, demostrando que, tal como la moda se diseña desde cualquier lugar—para acabar maquilándose en China, la India, México o cualquier otro país calificado como “en vías de desarrollo”—, para llegar a un acuerdo, la discusión ideológica resulta innecesaria.

Sarkozy ha entendido que en el alba de este siglo ningún gobierno es de derecha o de izquierda, que los gobiernos tienen éxito en tanto sean capaces de digerir los fenómenos sociales que la sociedad civil produce.

Cuando los coches ardían, Sarkozy comprendió que, más allá de la unión con el resto de Europa, el gobierno necesitaba un nuevo color si quería evitar un estallido de mayores dimensiones. Entendió que él mismo era la sangre renovada de la Francia. Sarkozy, como Napoleón, tiene grandeza; uno



A la conquista del liderazgo europeo.

de ellos dos, figura y descansa para siempre en Los Inválidos; el otro se mueve por toda Europa en busca de poder. Ambos comparten una limitada estatura física y el ansia de la grandeza histórica. Napoleón creó un imperio y enloqueció, Sarkozy se ha convertido en procónsul de la República, basando el poder de su gobierno, no en las ideologías, sino en la sociedad civil.

La relevancia política para la historia de Sarkozy será una. Por las calles, los bulevares y las avenidas que representan la grandeza francesa ya no discurren banderas de izquierda o derecha, son vías—y él lo sabe—ocupadas por los suburbios. El presidente sabe que para “devolver a los franceses el orgullo de sentirse franceses”, y para que su gobierno sea viable, la sociedad debe ser su cómplice en la función de gobernar.

Sarkozy ha provocado un cambio sustancial en la historia administrativa de Francia. Desde 1946, la ENA, la Escuela Nacional de Administración, ha sido la formadora de los comandos del poder francés, y su gobierno es el primero en el que la ENA es minoritaria: sólo dos de sus ministros son “enarcas”. Su gabinete—reducido a quince ministros—, está integrado casi por la misma cantidad de mujeres que de hombres; la mitad de los ministe-

rios quedaron en manos de cercanos a Chirac y el resto de las carteras es ocupado por personajes reconocidos por sus luchas sociales. Es el caso del canciller Bernard Kouchner, fundador de Médicos Sin Fronteras, o de Fadela Amara, de padres argelinos y presidenta de la organización “Ni Putas ni Sumisas”, que se ha convertido en Secretaria de Estado de Vivienda y de la Ciudad.

Todo movimiento que en algún momento haya tenido legitimidad social debe integrarse al gobierno, sin importar que al hacerlo la sociedad civil lo dé por amortizado: Sarkozy sabe que el camino es a la inversa. La aportación política más importante que está haciendo al equilibrio interno francés es acercarse con humildad a fenómenos que desde 1960 han ido apareciendo. Ahora el centro del poder no está en quitar los adoquines y ser realistas pidiendo lo imposible, sino en una generación que se niega a ser franceses de segunda.

La jugada más importante de Sarkozy en política interna es relegar a los partidos en favor de la sociedad, quitarles la posibilidad de una revolución cambiándola por una evolución. Por eso enarbola las batallas sociales y ha roto el espinazo de la vieja estructura político-social, esquivando a partidos y sindicatos para incorporar en su gabinete a la sociedad, convirtiéndolo en un movimiento cívico-gubernamental.

En la arena internacional, por otra parte, Sarkozy será el principal aliado de Angela Merkel para poner punto final a una Europa que es imposible, porque está basada en los buenos deseos y en realidades económicas que dejan a los fundadores y mayores poseedores del área continental con un papel irrelevante. La tentación de pedir que Alemania pague eternamente el daño que hizo a Europa durante la Segunda Guerra Mundial fue la lección que dejó esta Cumbre, y lo que permitió a Sarkozy rescatar *in extremis* la firma de un acuerdo que sólo es una prolongación de la agonía. Europa busca una nueva realidad social que Sarkozy

pretende aportar desde Francia, construyendo nuevos equilibrios e invirtiendo los caminos.

Sarkozy no le dio al pueblo el poder para devolvérselo a los partidos: tomó el poder del pueblo para usarlo y reconstruir a los partidos. Sarkozy lo compra todo. —

— ANTONIO NAVALÓN

LECTURAS

JORIS-KARL HUYSMANS (1848-1907)

Observo los retratos que Taponier le sacó a Joris-Karl Huysmans en su estudio fotográfico de la Rue de la Paix, en los últimos años de su vida, que se extinguió hace un siglo, el 11 de mayo de 1907. Posa muy bien Huysmans y resalta el cráneo brillante. Con temeridad y no sin cierto espanto, la mirada se extiende a lo lejos, hacia un punto remoto. No es para menos. Huysmans, el nieto parisino de un pintor religioso holandés, se asomó a un abismo que no dejaría de tener sus consecuencias dramáticas más allá del fin de siglo: asumir que, “una vez muerto Dios” —tal lo expone la paradoja de Nietzsche—, dejar de ser cristiano era un signo de decadencia pero seguirlo siendo, también. Sólo Huysmans y Oscar Wilde, su lector irlandés, lograron cruzar, sin caer en la bufonería, la frontera de la religiosidad hipersensible, la erotomanía, el satanismo y la esoteria. Wilde se sabe, escogió el destierro, ese honor del deshonor que le sirvió, tras la cárcel, para comprobar en París que lord Alfred Douglas, el señorito ante el Altísimo, no valía tan infernal ordalía. A Huysmans, tras publicar *À rebours* (1884), le fue propuesta por Barbey d’Aureville la alternativa entre la pistola y la cruz. Se conoce que escogió la conversión al catolicismo y que nos la narró, con lujo de detalles, en la tetralogía conocida como *Le roman de Durtal*, que incluye *Là-bas* (1891), *En route* (1895), *La cathédrale* (1898) y *L’Oblat* (1903).

La conversión de Huysmans fue un

acontecimiento que fascinó al *tout-Paris* (que entonces valía por el mundo entero). Pero más que hacerse la pregunta sobre la sinceridad del converso, pregunta un tanto inútil o al menos retórica, dado que se trata de una puesta en escena y de un actor, cabe destacar que tras la elección de Huysmans había algo más de lo que podía sospechar el buen Barbey. Tras esa cruz que decide cargar Huysmans a partir de 1891 viene toda una procesión que cruzará buena parte de los tiempos contemporáneos, de Céline (el verdadero heredero de Zola) a la última película de Stanley Kubrick, pasando por el surrealismo, una misma misa negra que reúne a los frívolos, los réprobos, los toxicómanos: Occidente y sus herejías. Sin Huysmans no hay culto al abominable Gilles de Rais, mariscal de Francia que protagonizará la versión multitudinaria y papista del culto ilustrado y un tanto mecánico que recibió el marques de Sade. De Huysmans se desprenden Georges Bataille (quien encontró en *Là-Bas* la llave de su obra) y Maurice Blanchot, pero también está en el origen de la otra rama, la de los fríos, la de los desencantados, los orfebres de la escritura.

Huysmans nunca fue un dandi. Ocupó, desde 1866 hasta mediados de los años noventa, un cargo menor en el Ministerio del Interior, una perfecta y rutinaria torre de marfil para un hombre sin fortuna como él, posición que, además, le proporcionará una “charola” para merodear con alguna impunidad por los bajos fondos —buen naturalista que, libreta en mano, se entrevista con prostitutas y criminales. Pero lo que más me gusta de Huysmans son los personajes. Des Esseintes, sin duda, y otro menor que aparece en *Là-bas*, el campanero Carhaix.

Hombre de instituciones, el autor de *À rebours*, es un escritor burócrata que se vuelve hombre de iglesia y en 1900 toma los hábitos del oblat, la más pequeño-burguesa de las afiliaciones monásticas. Movilizado en 1870, Huysmans queda involuntariamente como desertor, como en 1884 se convertirá, adrede, en el gran desertor del naturalismo. Traicionando



Joris-Karl Huysmans, decadente arrepentido, en su único (y raro) estudio fotográfico.

a Émile Zola y a sus amigos, Huysmans divide al naturalismo desde la derecha y se lleva al bando enemigo buena parte de los códigos confidenciales y los planos secretos de la escuela, armas y bagaje. Por el lado de Huysmans se van agregando los peores: los ultramontanos, los antisemitas, los *anti-dreyfussards*, quienes formarán en el siguiente siglo la Acción Francesa y los Camelots du Roi. Pero Huysmans rebrotará en la izquierda: en el Antoine Roquentin de *La náusea* (1938).

Desde 1830, cuando los escritores católicos franceses se ven obligados a salir a defenderse ante la opinión pública, ser católico será la mejor manera (y la más efectiva) de oponerse, de nadar a contracorriente. El catolicismo, cuando en el cambio de siglo las conversiones son una moda y una plaga, es el irredentismo (y la obra de arte) al alcance de la mano de cualquiera de los antiguos *súbditos* inconformes con ser *ciudadanos*. En la Francia de 1900, convulsionada por las victorias del laicismo, ese catolicismo también es una comodidad, una armadura valiosísima, un formidable instrumento de autoridad. Subidos en la roca de un dogma, aquellos conversos preservan la mundanidad para la Iglesia, le allegan celebridades, la inmunizan intelectualmente.¹ Pero véase lo que dice el abate Mugnier, quien convirtió a Huysmans y lo acompañó a Chartres,

muchas veces, y en una ocasión a visitar los parajes católicos de la vieja Alemania. El abate *adoraba* a Huysmans, le franqueó las puertas de sus retiros espirituales en la Trapa de Igny y en Solesmes, y dispuso de su seco olfato literario para defenderlo y promoverlo. Pero Mugnier, quien veló al novelista con el hábito de la oblatura, acabará aborreciendo, en los años canallas que preceden a la Segunda Guerra Mundial, a aquellos que, en la imitación de Huysmans, encarnaban el catolicismo sin el cristianismo.

Excepción hecha de *À rebours*, la obra de Huysmans es una sola y toda ella proviene, debe decirse, de Baudelaire, y ni siquiera de todo Baudelaire sino de los *Fusées* y de algunas entradas de los *Journaux intimes*. El naturalismo, lo demostrará él mismo, cabe en el catolicismo como el satanismo cabe en la Iglesia de Roma. Los novelones documentales que protagoniza Durtal, su doble literario, fascinan o repugnan al estudiar la catedral de Chartres o el canto gregoriano con la minucia que Zola, describiendo el mercado de Les Halles, le enseñó.

El arte de novelar, en Huysmans, sufre un retroceso, la imaginación sale de la escenografía para consentir la devoción, a la vez exquisita y comercial, de los conversos. Pero si se trata de dinamitar la obra de Huysmans y convertir a su personaje en un cadáver insepulto, más vale recurrir a su ex amigo Léon Bloy. ¡Lechos sulfurosos!: Huysmans y Bloy y Barbey compartieron una aman-

te, Henriette Maillat, intercesora habituada a los satanistas...² En el duelo a muerte entre quién es el más converso de los convertidos, Bloy lo condena como un escritor sin ideas, el pretencioso rey del adverbio, y exhibe su francés (que a quienes lo hemos aprendido tarde y a trompicones nos parece sublime) como una lengua corrompida por la afectación y la pedantería.

En el antimoderno Huysmans hay muchísima más modernidad de la que este difusor militante del impresionismo y quejumbroso enemigo de la torre Eiffel habría estado dispuesto a admitir. Y es asombrosa, finalmente, la relectura de *À rebours*, uno de esos libros clásicos que salvan la obra entera de escritores que, como Huysmans, no fueron del todo grandes. Des Esseintes, el robot, el último salvaje que parió una vieja civilización enferma de los nervios, es uno de los grandes personajes de la literatura universal. Decía Rémy de Gourmont que Des Esseintes es el último avatar del solitario y melancólico René, pero que, así como no se puede cruzar del siglo XVIII al XIX sin pasar por el jardín de Chateaubriand, es imposible ir del XIX al XX sin detenerse en *À rebours*. Le escribió Mallarmé a Huysmans una carta en la que le decía que el desalojo de Des Esseintes de su refugio de Fontenay, cuando el dandi es derrotado, era la suprema tragedia. Se afirma que *Monsieur Teste*, de Valéry, es el anti-Des Esseintes. No lo creo. El dandi que lee la baja literatura latina como Madame Bovary novelas sentimentales y el Quijote libros de caballería, es el personaje absoluto. Y el *no viaje* de Des Esseintes a Londres podría ser una imagen capital para aquel que se conciba como posmoderno. Si es cierto que nunca hubo en la historia una civilización más *antinatural* que la nuestra, Des Esseintes, conectado a la inteligencia artificial, es nuestro contemporáneo. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

¹ Philippe Brunel, "Huysmans et Barbey d'Aureville: l'étalement catholique" en *Huysmans, Cahiers de l'Herne*, París, 1985.

² La mejor biografía de Huysmans sigue siendo la de su traductor al inglés, el precozmente fallecido Robert Baldick: *The Life of J.K. Huysmans*, Londres, Dedalus, 1975. También puede consultarse, de Patrice Locmant, *J.K. Huysmans, Le forçat de la vie*, (París, Bartillat, 2007), una monografía de pretensiones modestas.

IN MEMORIAM

JAMES M. CAIN A TREINTA AÑOS DE SU MUERTE

CUERPOS (Y ALMAS) ARDIENTES

Theodore Dreiser predicó a sus pares norteamericanos que cultivaran una literatura de la desesperación. El consejo, dado en los años del *crack* de 1929, hizo escuela y se convirtió en credo literario. Había que registrar la angustia que provocó la Depresión, las miserias que alentó una bancarrota que fue mucho más que financiera y la errancia de hombres y mujeres sin empleos. Entre las consecuencias de esa nueva estética (y de esa nueva ética) estuvo el enriquecimiento del género policiaco al inyectársele mayor intención denunciatoria y más gravedad dramática. Éste enterró sus raíces en la cultura popular, recreó el clima de la época y sobre todo ensanchó sus alcances sociológicos. La coherente y minuciosa verdad de un mundo en conmoción surgió de esos empeños. Una prosa coloquial y económica, hosca y directa, ganó lugar protagónico en casi todos los exponentes del género. Etiquetas como *hard-boiled* o *pulp fiction* se impusieron, y proliferaron las revistas que acogían sus ejemplos. Dos novelas –breves, únicas– representan la culminación de esa suerte de cruzada antropológica nacional: *The Postman Always Rings Twice* (*El cartero siempre llama dos veces*) y *They Shoot Horses, Don't They?* (*Ellos matan a los caballos*), la primera de James M. Cain y la segunda de Horace McCoy. Ambas fueron exitosas, ambas se trasladaron al cine y ambas fueron recogidas por el canon de la novela negra norteamericana en *Crime Novels*, el volumen de obras escritas entre los treinta y los cuarenta que publicó The Library of America (ed. Robert Polito, Nueva York, 1997, 2007, 990 pp.).

James M(allahán) Cain, que nació en 1892 en el ahora amable puerto turístico de Anápolis, en Maryland, murió hace exactamente treinta años, en 1977, en

Hyattsville, también en Maryland. Es posible conjeturar que llevó una vida infeliz. El amor le deparó desilusiones reiteradas, a menudo le fue difícil pagar sus deudas y sus tres divorcios consecutivos le costaron caros. Quizás su última esposa, Florence MacBeth, una cantante de ópera, con la que casó en 1947, lo empujó en sus etapas finales a compartir el análisis de los sonetos de Shakespeare con el estudio de la música clásica. Ese destino mayormente ingrato reaparece, apenas disfrazado, en sus novelas, que obedecen a unas obsesiones recurrentes y a un mismo acaso fatalista: las trampas del sexo y la violencia y el arrastre inexorable de la adversidad. *El cartero siempre llama dos veces* (que en 1934 es el primer libro de su autor y se convierte de inmediato no sólo en un pequeño escándalo sino en un *best-seller*) resulta, en este sentido, reveladora. Narra la historia de Frank Chambers, un vagabundo de la costa oeste, y Cora Papadakis, la esposa de un emigrante de origen griego dueño de una taberna, que se vuelven amantes unidos por el ardor y la ambición. La pareja asesina al tabernero y hace que su muerte pase por un accidente. Pero Cora a su vez muere en un choque en la carretera y Frank es acusado de su asesinato y acaba siendo sentenciado. Efectivamente, el cartero (es decir, el destino) llama dos veces antes de su descarga. La ironía de esa fatalidad domina el curso de la pieza.

Según algunas creíbles pesquisas, una primera versión de la novela fue escrita en tercera persona; que Cain se decidiera por la primera persona fue una astucia que cabe agradecer. Hay desde el comienzo una cercanía empática entre la voz próxima del narrador Chambers y el lector: uno y otro están solos y buscan alivio en una comunión o una sublimación redentoras. Hay también, desde las primeras a las últimas páginas, una reflexión en filigrana que los dichos de Chambers promueven de manera inconsciente, impremeditada, como una implicación que surge tácita. Y hay, por fin, un antagonismo eficaz entre un punto de vista cínico

que todo lo contamina y la intención testimonial del libro, entre el hecho de que Chambers sea uno entre otros, uno que es todos y es nadie, y una moral subyacente que subraya en él (y en su cómplice equívoca) una íntima grandeza épica de la que no son responsables y que aparece como permanente referencia esclarecedora en el horizonte del discurso. El pacto entre narrador y lector es así un compromiso que el autor induce y no fuerza y que tiene el mérito dramático, para el lector, de plantearle a cada rato una alternativa entre la solidaridad hacia Chambers, que es un hombre limitado y violento, y la notoria y muy a menudo intolerable imperfección del mundo que lo moldea y lo contiene.

Triunfos que paran en fracasos, fuegos que se hacen cenizas, esperanzas que se transforman en pesadillas: la trama avanza lastrada por los pasos inevitables de una tragedia que se cumple. Los agonistas son como aquellos héroes griegos que caminaban con los ojos abiertos hacia la calamidad. Chambers y Cora pretenden ser diferentes a lo que son, infligir cambios a una realidad a la que no se acomodan, evitar lo inevitable. Una y otra vez, la vida, que se cifra y descifra en la novela que leemos, frustra esos deseos. Se vislumbra –y el vislumbre es perverso– un retorcimiento en esa comprobación: es la vida la que niega y cancela, pero sobre todo, nos susurra Cain, los personajes son ellos mismos inmodificables y están condenados a ser prisioneros de su propio sino. “*I love you, Cora. But love, when you get fear in it, is not love any more. It's bate*” –aclara Chambers en un momento a su amiga, y en tal aclaración se resume la dialéctica del libro; un libro, añádate, que muestra pero no juzga, que está tejido con sueños y que inapelablemente los aniquila.

Se ha sugerido que *El cartero siempre llama dos veces* es un antecedente de *El extranjero* de Albert Camus. No sorprendería que la obra norteamericana conserve una vigencia superior a la francesa. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

CIENCIA

STANLEY MILLER CONTRA LA SUPERSTICIÓN

El 20 de mayo murió Stanley Miller, previsiblemente ignorado por los obituarios intelectuales y los cronistas de lo superficial. Stanley Miller diseñó un experimento notable: demostró que, bajo ciertas condiciones, se pueden sintetizar aminoácidos a partir de moléculas simples que abundaban en la atmósfera de la tierra primitiva (los aminoácidos son los componentes fundamentales de las proteínas, ingredientes imprescindibles para la vida tal como la conocemos), una atmósfera que, de acuerdo con la teoría prevaleciente, simulaba las condiciones que imperaban en ella antes de que surgiera la vida en el planeta.

El experimento no sólo era notable, también era elegante. Aceptando que la definición de *elegancia* es elusiva en menesteres de diseño experimental, cuando se habla de un experimento elegante los científicos se refieren a dos cualidades: 1) los resultados contestan preguntas y resuelven conjeturas de un gran número de investigadores, lo que se puede expresar coloquialmente con la frase: “¿cómo no pensé yo en ese experimento?”, y 2) la sencillez con la que se encara un problema complejo.

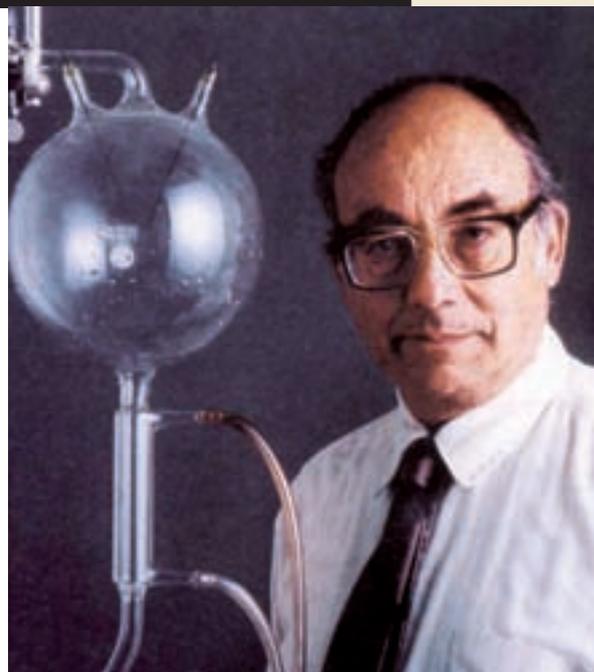
Esta segunda cualidad genera en el estudioso de un trabajo científico la sensación inequívoca de estar observando algo hermoso, lo que se ilustra con preguntas del tipo: “¿Cómo se le ocurrió hacer esto?” Aunque parezcan contradictorias, ambas cualidades coexisten: la primera se refiere al método científico, que está abierto y disponible para todos, mientras que la segunda apunta a la urgencia por descifrar el intelecto humano a partir de uno de sus exponentes y productos peculiares, es decir: el científico y la labor científica. El experimento crucial de Stanley Miller es elegante bajo cualquier perspectiva.

Con frecuencia, se invocan los trabajos de Darwin como la tijera que cortó el cordón umbilical que existía entre los pensadores y ciertas formas de religión y dogmas sustentados por superstición inescrutable. Sin mellar el mérito de la visión darwiniana, para otra generación de pensadores, el experimento de Stanley Miller justificó la liberación del pensamiento y nutrió una “Segunda ilustración” que persevera hasta nuestros días como tijera vigilante.

Su contribución es aún pertinente en nuestro país y notablemente necesaria en Estados Unidos, según lo ilustra el hecho de que, hace apenas unos años, el Consejo de las Escuelas del Estado de Kansas promoviera y aprobara la enseñanza del “Diseño inteligente”, una forma encubierta de creacionismo que desdeña métodos y resultados que han sido escrutados con harto rigor. El experimento de Miller sugiere que todo lo que está vivo (o deriva de los seres vivos) tiene su origen en descargas eléctricas que atraviesan una atmósfera primigenia e impactan un océano tóxico mientras catalizan la síntesis de moléculas necesarias para la vida. Es decir, que tanto los tacos al pastor como quienes los comemos venimos de una descomunal silla eléctrica, así como de sus efectos en la atmósfera primordial y en cargamentos involuntarios de meteoritos.

En 1953, año en que se publicó su descubrimiento, y mientras el mundo se debatía entre las religiones dogmáticas del comunismo y la salvación ritual, Stanley Miller continuaba señalando las manchitas en papel cromatográfico que indicaban la presencia de los aminoácidos generados en un artefacto de vidrio en su laboratorio. Los trazos con lápiz que circunscribían sus hallazgos revelan asombro y humildad ante lo descubierto, como se puede apreciar en su informe de la revista *Science*: “A Production of Aminoacids Under Possible Primitive Earth Conditions.”

Stanley Miller murió a los 77 años de edad: había publicado el mencionado informe cuando tenía veinti-



Stanley Miller un Darwin del siglo xx.

trés años. Que no descance en paz: el mundo lo necesita. Los supersticiosos se reproducen con ahínco y llegan en masa a los *school boards* del país más poderoso del mundo. Los fundamentalistas alzan la cabeza en otras latitudes, cada vez más alto. Miller es de una pertinencia necesaria. —

— PEDRO PRIETO

ATENTADOS

EL FANTASMA DEL MÉXICO BRONCO

Los atentados que sufrieron los ductos de Petróleos Mexicanos en las últimas semanas han revivido el fantasma de la violencia, de la guerrilla, del “México bronco”. Si bien es cierto que la violencia nunca ha desaparecido de la vida de México, en los últimos años parecía que se había avanzado por la ruta de la institucionalidad. Incluso la oposición de izquierda, que durante décadas estuvo en la clandestinidad, lleva ya años de haberse integrado a la competencia electoral con todo éxito, cosa que la llevó incluso a ser una opción de gran peso en las elecciones de 1988 y en 2006, más allá de las discusiones sobre fraudes electorales supuestos o verdaderos.



Ducto en llamas en el estado de Guanajuato.

En este sentido, el país ha visto cómo las opciones extrainstitucionales, como la guerrilla, se han venido incorporando paulatinamente a la lucha institucional en los últimos años. Por ello sorprende que todavía haya grupos que recurran a la violencia para hacer valer sus demandas. Desde luego, no faltará quien diga que las acciones violentas son sólo el reflejo de un México injusto y que mientras no se resuelva la honda desigualdad, tales fenómenos van a prevalecer. Los ataques a Pemex pueden tener una explicación sociológica, y, si es cierto que el autor fue el llamado Ejército Popular Revolucionario, se refieren también a la situación de inestabilidad en Oaxaca y, al parecer, a la presunta desaparición de dos miembros de esa organización delictiva. Pero ello no significa, desde luego, que los atentados tengan legitimidad.

Según un informe reciente de la Secretaría de la Defensa Nacional, el EPR estaría preparando acciones espectaculares para el 2010, cuando se conmemora el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución Mexicana. Ello es muy probable, porque estos grupos gustan de verse a sí mismos en una perspectiva histórica y como parte de una ola de cambio que se remonta a siglos pasados. Sería absurdo negar el fortalecimiento que han tenido las instituciones y las actividades democráticas en nuestro país durante los últimos años, lo cual ciertamente hace difícil pensar que la mayoría prefiera la violencia para

cambiar o corregir el orden social. Sin embargo, y tal vez precisamente por el fortalecimiento de la vía institucional pacífica, se puede creer que los grupos que actúan al margen de la legalidad también radicalicen su actividad. Eso no significa que estemos frente a un movimiento que pueda desafiar ni desequilibrar la autoridad del Estado, aunque este tipo de atentados se sigan presentando de manera esporádica.

Frente a este panorama ¿qué puede hacer el Estado? En el plazo corto es evidente que debe fortalecer su capacidad de investigación secreta —la llamada *inteligencia*— y la de vigilancia general a favor de las instituciones e instalaciones estratégicas. Finalmente el Estado tiene el deber de aplicar la ley y no puede abdicar de él, aunque algunas acciones violentas se realicen al amparo de demandas sociales legítimas. El Estado mexicano debe igualmente apresurarse a eliminar las dudas que genera la competencia electoral; es cierto que existen sectores de la población para los cuales ningún sistema electoral va a estar libre de sospecha; el sistema que tenemos presenta todavía serias fallas que se deben corregir, como se vio en las elecciones del 2006: una reforma electoral en la que participaran todas las fuerzas políticas que actúan dentro de la institucionalidad no haría que los grupos radicales dejaran de actuar, pero les quitaría el argumento de que la lucha por la vía institucional es infructuosa. Asimismo, el Estado debe poner un énfasis particular en resolver de raíz

conflictos locales como el de Oaxaca, que nutren el desarrollo de opciones radicales.

En el plazo mediano se debe trabajar, desde luego, en disminuir aceleradamente las terribles desigualdades sociales que enfrenta el país, y también —como antes— en ser absolutamente escrupulosos en la aplicación de la ley. Si es cierto el reclamo del EPR de que se hizo desaparecer a dos de sus miembros en Oaxaca, presumiblemente por fuerzas del Estado mexicano, estamos frente a una situación grave que el gobierno debe aclarar y solucionar. Ello no justifica los atentados contra Pemex, pero es evidente que este tipo de situaciones estimulan la acción de grupos radicales.

Es muy probable que en el futuro se presenten ataques similares, y que el Estado sea incapaz de evitarlos, pero eso no significa que estemos frente a una ola incontrolada de violencia. El terrorismo guerrillero no va a detener la transición democrática del país, aunque sí es una llamada de atención para que el Estado consolide esa transición. Para ello necesitamos instituciones más eficientes y honradas, y un Estado que haga mejor su trabajo: desde la seguridad que provee hasta los derechos humanos que resguarda, pasando por una muy sensible y sostenida mejoría de las condiciones socioeconómicas de la población. Esto no va a evitar las acciones violentas de grupos radicales, pero las volverá cada vez más una anomalía histórica. —

—JORGE CHABAT